

Entrada de la Escuadra a Pisagua

A las 7 A. M., los buques de guerra divididos en dos secciones penetraron a la bahía y se abrieron enfrentando a los fuertes.

Formaba una el *Cochrane* v la *O'Higgins*, Latorre v Montt; la otra la *Magallanes* v la *Covadonga*. Condell y Orella. La primera la mandaba Latorre y atacó el fuerte Sur de la bahía; la otra Condell cuyo objetivo era el fuerte Norte. Condell y Orella rompieron los fuegos. El enemigo les contestó con un cañonazo. Fué el único homenaje que esa fortaleza pudo hacer a su bandera, porque un nuevo disparo de a bordo dió en el cañón, le destrozó la sobre muñonera, y mató al oficial que lo servía.

En el fuerte del Sur la resistencia se hizo más obstinada. Allí como en

el otro, nuestras naves se colocaron tan cerca de tierra que se oían las voces y se reconocían las personas. Buendía dice en su parte oficial: "los buques se hallaban a tiro de revólver de la costa". Se cambiaron de ambos lados algunos disparos aunque con éxito diferente. Los admirables artilleros chilenos daban todos en el blanco. En cambio los tiros del fuerte pasaban por alto de los atacantes. Un balazo de a bordo voló la cabeza al oficial peruano don R. Tamayo; otro mató al Capitán Becerra, otro al Comandante Rivadeneira, otro al Ayudante Latorre Bueno, y junto con los oficiales caían soldados, y el recinto cerrado con sacos de arena empezó a llenarse de cadáveres y de sangre coagulada, encima de la cual chapoteaban los defensores hasta que huyeron a juntarse con los soldados de la población. Esto ocurría después de una hora corta de combate. A las 8 A. M., los fuertes habían enmudecido y una bandera anunciaba que la vía estaba despejada, y que los botes podían avanzar.

Ocurrió entonces este incidente de que da cuenta el *Diario* de Sotomayor:

"*Covadonga* avisa en nombre de Latorre que ya es tiempo de desembarcar. Ordenes que mando a Simpson de embarcarse en la lancha a vapor para que principie y dirija el desembarco. Se repite la orden y se pierde mucho tiempo".

Esto suspendió la operación militar por cerca de una hora, con lo que el enemigo recobró ánimos y volvió a ocupar sus posiciones. El Comandante Latorre se vió obligado a romper el fuego por segunda vez. El bombardeo suspendido a las 8 A. M., se reanudó a las 9 A. M., por una hora más, hasta que de nuevo apagó los fuegos de tierra.

Mientras los buques despejaban el camino de las lanchas, el Coronel Arteaga jefe de la infantería, el comandante don Diego Dublé Almeida, el práctico terrestre, Capitán Santa Ana, y un colombiano a quien se había conferido el empleo de teniente coronel de Guardias Nacionales, don Justiniano Zubiría recorrían la bahía en una lancha a vapor para elegir el punto de desembarque.

Cerca de las 10 de la mañana, después del segundo bombardeo, se ponía en movimiento la flotilla de botes y lanchas guiada por Simpson y acompañada por el Coronel

10 A. M. *Marcha del primer convoy*

Sotomayor.

No llevaba los 900 hombres calculados, sino 450.

Una omisión tan sustancial, modificaba las condiciones del combate.

Los soldados que se embarcaron en la primera flotilla fueron la 1ª y 3ª compañía del Atacama, mandados por sus capitanes don Ramón Soto Aguilar y don Ramón R. Vallejos y una de Zapadores por el Capitán Baquedano.

Cada bote era conducido por un oficial, desde aspirante hasta teniente 1º. El *Loa* destacó cuatro botes tripulados por el teniente don J. A. Barrientos, el guardiamarina don Alberto Fuentes y los aspirantes don Eduardo Donoso, don Zenobio Bravo y el voluntario de la Armada don Carlos Gacitúa López. Los de la *Magallanes* llevaban al teniente 2º don Horacio Urmeneta, al guardiamarina don José María Villarreal y a los aspirantes Ibáñez y Escobar; el Guardiamarina Contreras dirigía un bote del *Cochrane*; en los del *Abtao* marchaban los oficiales don José Luis Silva y don José M. Castro; en los de la *O'Higgins* el guardiamarina don Miguel Isaza y el teniente 2º don José M. Santa Cruz; en otro bote el guardiamarina don Ricardo Ahumada. Es probable que esta lista

no esté completa y que otros jóvenes de la Armada hicieran su estreno entonces. El 2º Comandante del *Loa* capitán don Constantino Bannen asumió de propia iniciativa el papel de ordenador y conductor de la escuadrilla. Estos nombres merecen recordarse porque el servicio que prestaron fué de lo más riesgoso y lo desempeñaron con toda valentía. Dos de esos ardorosos jóvenes murieron, Contreras e Isaza, y fueron heridos el Teniente Santa Cruz, el Guardiamarina Villarreal, el Aspirante Donoso, y ejecutó una acción heroica el teniente del *Loa* don J. A. Barrientos y su acompañante el guardiamarina Fuentes.

Adelante de ellos marchaba en una embarcación menor el subteniente de artillería don José Antonio Errázuriz, en un bote armado con una ametralladora, despejando el camino.

Cuando las lanchas penetraron en la línea de fuegos recibieron descargas sucesivas y tan tupidas, que al caer al mar hacían el efecto de una granizada que se hubiera descolgado sobre las tranquilas aguas del Océano. Los bogadores inclinados sobre el pecho para no presentar blanco remaban con todo el poder de sus brazos y pulmones, mientras los soldados disparaba al acaso porque los enemigos tiraban de mampuesto, y no se les divisaba sino cuando asomaban la cabeza encima de las piedras para enfilar el alza. En ese trayecto fueron heridos algunos tripulantes. Esa línea mortífera abrazaba el radio de tiro de los Chasepots y Remington de los soldados de la alianza. Los botes seguían avanzando en medio de una lluvia de balas y al llegar a la playa los soldados se lanzaban al agua, y se precipitaban contra las trincheras. Fué en ese primer momento cuando el teniente Barrientos seguido de Fuentes, arrancó de su embarcación la bandera que desplegaba en la popa, y se lanzaron al frente de un pelotón de soldados, sobre un peñasco que ocultaba a un grupo de bolivianos, y en segundos, batiéndose con la bayoneta, o con los rifles tomados del cañón a guisa de masa, mataron a algunos defensores de la roca, pusieron el resto en fuga y clavaron el estandarte en la posición enemiga. Aunque la historia no puede acoger sino con suma reserva los hechos individuales en una acción de guerra, el episodio del teniente Barrientos está corroborado con informaciones dignas de fe.

El comandante del *Loa* don Javier Molinas dice en su parte del combate:

“El teniente Barrientos fué el primer chileno que saltó en tierra en la playa Norte, llevando una bandera nacional que plantó sobre una prominencia del terreno en medio de una lluvia de balas que sólo perforaron su traje”.

Barrientos hace copartícipe de su acción al guardiamarina Fuentes.

“Inmediatamente, dice, que estuvimos en tierra me dirigí con los quince hombres que llevaba hacia un pequeño morro que está como a setenta metros hacia el Sur donde había algunos enemigos y acompañado del aspirante señor Fuentes enarbolamos en su cúspide nuestro tricolor”.

*Bajan los primeros
asaltantes*

Varados los botes en un punto de la bahía llamado “playa blanca”, los 450 soldados que conducían, se lanzaron a tierra con el agua a la cintura.

Los chilenos se distribuyeron en la ribera enfrente de sus enemigos invisibles, avanzando a medida que se retiraban. Instintivamente por aquel ad-

mirable espíritu de conservación que el hombre despliega en el peligro, una parte atacaba de frente y la otra se inclinaba al poniente, para tomarle el flanco y arrinconarlo. Cada soldado y oficial desplegaba su iniciativa en este sentido y la serpiente de fuego extendía sus articulaciones y avanzaba incesantemente.

Entre tanto las embarcaciones menores habían regresado en busca de una nueva remesa.

Aquí es del caso observar que las condiciones del porfiado combate eran de tal manera desiguales que esos 450 hombres, por mucho que fuera su heroísmo, no habrían podido resistir el fuego contrario si la Escuadra no hubiera venido en su ayuda. Los defensores de la playa eran 1.300 más o menos, es decir triple número al de los atacantes, en posiciones conocidas y elegidas, y desplegados en líneas escalonadas y convergentes, ocupando ellos el alto y los asaltantes el bajo. La Escuadra modificó esa situación tan desigual con sus fuegos, que producían doble efecto: el de estupor causado por el pavoroso estampido de sus piezas de grueso calibre que repercutían en los cerros, y cañoneando la estación del ferrocarril y las rumas de carbón y salitre en que se ocultaban los enemigos. Las granadas de a bordo las encendieron aumentando el calor del día. Así se sostuvo el combate hasta que llegó el refuerzo, el que penetró en la zona peligrosa más o menos a las 11 A. M. La primera línea había soportado la refriega sola, durante tres cuartos de hora.

El segundo convoy El viaje del segundo convoy de botes fué una repetición en menor escala que el del primero, porque ocupados como ya estaban los enemigos de su propia defensa, no pudieron consagrarse con la seguridad que antes al mortífero deporte de cazar a mampuesto a sus tripulantes. Sin embargo, en éste perecieron y fueron heridos algunos, siendo de aquel número el subteniente del Buin don Desiderio Iglesias, y de éstos el 2º jefe de los Zapadores, sargento mayor don Manuel Villarroel. En este convoy bajaron a tierra la 2ª y 4ª compañía del Atacama con sus capitanes don José A. Fraga y don Félix G. Vilche; el subteniente don Rafael Torreblanca, uno de los personajes más simpáticos de la leyenda militar del 79, químico, poeta, héroe, que tomaba en todos los combates el puesto de mayor peligro; el Comandante del cuerpo don Juan Martínez; su hijo el teniente don Melitón Martínez, porque aquel Jefe ofrendó a la Patria su sangre y la de sus dos hijos que llevaba consigo en su batallón, y el teniente don Antonio María López. Además de esas dos compañías el convoy llevaba al Jefe de Zapadores, Comandante Santa Cruz, una compañía del Buin y parte de una del 2º de línea mandada por el capitán don Emilio Larraín. Cuando se despachó esta segunda flotilla quedó lista la tropa que debía formar la tercera remesa, que fué el resto del Buin con su jefe el Comandante Ortiz. Hecho esto la división de Junín, llevando a su frente al General en Jefe y al Ministro de la Guerra se puso en viaje para ejecutar la operación que le estaba asignada en el plan.

Interrumpo la relación del combate para referir un incidente que ocurrió en esos momentos entre el General en Jefe y el Ministro. El General Escala seguía desde la cubierta del *Amazonas* con mirada anhelante las peripecias de la lucha y dejándose guiar por el impulso de su valeroso patriotismo, pidió una embarcación para compartir la suerte de sus soldados. El Ministro le observó que era temerario y contraproducente que el General en Jefe jugase

su vida a bordo de un bote. Escala insistió con vehemencia, diciéndole que su deber era correr los peligros de su tropa, y como persistiera en su resolución el Ministro le dijo: *General, Ud. no puede bajar. Se lo ordeno en nombre del Presidente de la República.*

La disciplina contuvo los ímpetus del hombre de guerra. El General obedeció. Rasgo es éste que caracteriza una organización militar. Esta fué la única ocasión en que Sotomayor hizo uso de la alta autoridad de que estaba investido.

Quando el tercer refuerzo bajó a tierra el enemigo se hallaba en completo desbande. Si había sido impotente para dominar los 450 hombres de la primera flotilla, cuanto más lo sería para vencer una división de 1.500 a 2.000.

Con la presencia de los jefes desembarcados del segundo y tercer convoy el combate cobró más unidad y se desarrolló con método, atacando unos de frente y otros de flanco, de tal modo que la guarnición peru-boliviana se vió empujada primero hacia la población y después hacia los caminos en espiral que recorría el ferrocarril para subir a la altura de Hospicio, procurando conservar siempre la elevación que le daba una incontestable ventaja, y le permitía en último caso emprender la fuga, porque esas posiciones eran la puerta del desierto que quedaba abierta a su espalda. La gran dificultad para los chilenos no era ya tanto vencer, sino trepar en un día caluroso, posiciones escalonadas con fuertísima gradiente, que no se pueden subir sin apoyar algún objeto en el suelo, y bajo el imperio de un cansancio agobiador, batirse y tomar sitios casi fortificados, porque lo estaban unos con sacos, otros con tierra, todos con zancas formadas con los terraplenes de la línea férrea. Esa admirable empresa fué ejecutada en menos de dos horas por nuestras tropas, distinguiéndose entre esos audaces escaladores de cerros los mineros del Atacama que llevaban la delantera. Los soldados se apoyaban en sus rifles para ascender la áspera cuesta, los oficiales en sus espadas, y así seguían batiéndose y empujando al enemigo a las posiciones más elevadas. De etapa en etapa llegaron a la pampa del Hospicio que corona la meseta, a las 2 de la tarde, habiendo tardado dos horas en la ascensión de la cuesta. Los jefes del ejército aliado los habían precedido con bastante anticipación, retirándose del campo cada cual con un pretexto distin-

Fuga de los defensores de Pisagua

to, y los soldados siguieron su ejemplo porque en Hospicio no se encontraron sino algunos heridos en la Ambulancia, pues tanto el Cuartel General aliado, Buendía, Villamil, Granier, etc., huían como los soldados, y éstos no pararon en su precipitada fuga sino en Bolivia, lo que explica por qué se tomaron solamente unos treinta individuos de tropa prisioneros y cuatro oficiales, y casi todos heridos.

A las 3 de la tarde se divisó de los buques una bandera chilena enarbolada en un poste de telégrafo en Hospicio que había clavado allí, según se asegu-
ró entonces, el subteniente del Atacama don Rafael Torreblanca.